MANIFIESTO DE PAX ROMANA

Decimos sí, al tiempo en que vivimos

En primer lugar porque pertenece a Cristo que en él continúa su obra y nos llama a trabajar con El.

Además, porque es el tiempo en que la humanidad afronta una etapa decisiva de su historia. Descubre en la exaltación sus posibilidades incalculables y mide en la angustia su debilidad en utilizar sus nuevos poderes para el bien de los hombres, de todos los hombres. Se examina a sí misma. Por todas partes y bajo todas las formas busca los caminos de su desarrollo, de su liberación total.

Como bautizados debemos estar presentes en este inmenso esfuerzo, porque la fe nos revela la dimensión absoluta de la dignidad del hombre y la naturaleza de la libertad verdadera.

Según nuestra vocación propia, nuestro servicio será el de la inteligencia en todos los dominios de la ciencia, de las artes y de la técnica, como en el de la vida profesional.

En esta forma somos conscientes de servir a la Iglesia permitiéndole llevar por nuestro medio al mundo que se construye la ayuda trascendentalde su luz y de su vida, en el respeto de la legítima autonomía de los valores profanos.

En este espíritu, que querría animar la acción de Pax Romana, hacemos un llamamiento a todos los estudiantes e intelectuales católicos. La comunidad a la cual les invitamos no es una agrupación, sino la que creará en el seno de las organizaciones y fuera de ellas, su propia fidelidad a su vocación en la Iglesia y en el mundo, cada uno según sus capacidades.

Que se acuerden ante todo de que la posibilidad de cursar estudios o de haberlos hecho es un privilegio del cual son deudores ante sus hermanos.

Que sus años de estudio y su trabajo profesional estén dominados por el hambre de la justicia y el espíritu de servicio,.

Que ayuden a la Universidad a realizar siempre mejor su misión: ser un centro de investigación, una escuela de sabiduría y de ciencia que forme hombres capaces de asumir sus responsabilidades cívicas y sociales.

Que no olviden que tienen mucho que aprender de sus hermanos de todas las confesiones, de todas las razas y de todas las condiciones sociales.

Que respeten todo valor humano y toda verdad, y que se sientan felices de reconocerlos aún en aquellos que se declaran adversarios.

Que sean por lo tanto, no sectarios, sino hombres de diálogo y de colaboración.

Que se sientan, finalmente, cada uno realmente en su lugar, responsables de toda la Iglesia cuyo verdadero rostro deben revelar al mundo por medio de su vida.

..*.*.*.*.*.*.*.*.*.*.*.*
..*.*.*.*.*.*.*.*.*.*.*
..*.*.*.*.*.*.*.*